



Identidades Número 1 / Año 1 / Diciembre 2011

Reseña de

*Los límites de la cultura.
Críticas de las teorías de la
identidad*

de Alejandro Grimson

NATALIA BARRIONUEVO

GUILLERMINA OVIEDO



Reseña de *Los límites de la cultura. Críticas de las teorías de la identidad* de Alejandro Grimson. Buenos Aires, Siglo XXI, 2011, 266 pp.

Natalia S. Barrionuevo¹
Guillermina Oviedo²

Desde mediados de los años noventa, realizando estudios de casos, he comenzado a aproximarme a –y a angustiarme y apasionarme por– los conceptos-problema que abordo en este libro. Al estudiar la inmigración, las fronteras o las culturas políticas me he encontrado una y otra vez con preguntas similares. ¿Cómo articular las identidades subalternas y las desigualdades dentro de grupos determinados? ¿Cómo conjugar el horror que nos producen los fundamentalismos con la comprensión de los sentidos prácticos de quienes adhieren a ellos? ¿Cómo vincular las teorías generales sobre la globalización y el fin de las naciones con los datos que confirman la existencia de marcos interpretativos de escalas múltiples? ¿Cómo estudiar aquello que nos disgusta más allá de la denuncia? ¿Cómo explicar que si encuentro que las naciones tienen relevancia cognitiva, afectiva y política para millones no es porque yo sea nacionalista? La dificultad para exponer brevemente algunas respuestas que he encontrado y construido me llevó a escribir este libro.”

(Grimson, 2011: 50-51)

El último libro de Alejandro Grimson es producto, por un lado, de debates académicos recientes en relación a la cultura y, por otro, de su propio recorrido académico. Todo intelectual es hijo de una época y también de una formación determinada. En *Los límites de la cultura* el autor no deja de explicitar estas influencias. Él –que inició su carrera en la corriente latinoamericana de comunicación y cultura, y luego se especializó en los estudios antropológicos– confiesa desde la introducción a la obra una insatisfacción persistente con ciertas formas circulantes de pensar sus tópicos de interés.

Grimson destaca las modas académicas que conllevan la banalización de ideas cuando “las lógicas del mercado intelectual fuerzan invenciones conceptuales o radicalidades teóricas que no dialogan con la experiencia social ni con la investigación empírica o teórica”. (Grimson, 2011: 16) El debate epistemológico presente en el libro quedará planteado a partir de la reflexión acerca de cómo construir una perspectiva posconstructivista partiendo de aportes constructivistas, en el camino de cambiar el punto de partida de las relaciones entre cultura, identidades y política.

La propuesta es reflexionar en torno a concepciones teóricas sedimentadas y de moda, partiendo del trabajo de campo y las elaboraciones propias. Los primeros estudios sobre bolivianos en Buenos Aires, las investigaciones sobre zonas

¹ Lic. en Comunicación Social (UNPSJB). Alumna de Doctorado en Sociología, IDAES-UNSAM. Becaria Doctoral CONICET, Instituto de Altos Estudios Sociales. natalia.barrionuevo@conicet.gov.ar

² Prof. en Ciencias Antropológicas (UBA). Alumna de Doctorado en Sociología, IDAES-UNSAM. Becaria Doctoral Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica, Instituto de Estudios Sociales y Políticos de la Patagonia (UNPSJB). conigui@yahoo.com.ar

fronterizas argentinas, la cultura política comparada entre Brasil y Argentina, y el reciente interés por la legitimidad de las desigualdades sociales están presentes a lo largo de la obra.

En esta reseña buscaremos ofrecer algunas pistas acerca de cómo el autor responde a aquellos interrogantes que lo inquietan.

Frente a un primer momento en la historia de la antropología donde -desde el esencialismo- las culturas eran pensadas como islas, y frente a la ficcionalización y fragmentación del posmodernismo que concibió las fronteras culturales como invenciones, Grimson propone el concepto de configuración cultural.

La potencialidad que encuentra en esta noción es que permite enfatizar la heterogeneidad articulada en tramas simbólicas compartidas en cada contexto específico. El concepto postula que hay un límite, tanto para la homogeneidad como para la heterogeneidad cultural: “es un espacio en el cual hay tramas simbólicas compartidas, hay horizontes de posibilidad, hay desigualdades de poder, hay historicidad”. (Grimson, 2011: 28)

Configuración implica que donde las partes integran algún tipo de articulación, hay construcción de hegemonía. Y la hegemonía conlleva necesariamente la producción de sentidos comunes y de subalternizaciones naturalizadas en las que se instituyen los términos de la disputa social y política. Al mismo tiempo establece fronteras que actúan de marco para los conflictos, que se dan dentro de ellas o bien en los límites buscando transformarlas.

Los factores constitutivos de la configuración cultural -la heterogeneidad, la conflictividad, la desigualdad, la historicidad y el poder- construyen la sutura de la inestabilidad de las heterogeneidades sedimentadas que constantemente es reconstruida.

Otra apuesta es por la revalorización de la importancia del contexto en el análisis de la cultura. Situar las acciones en contextos permite reparar en los sentidos prácticos que adquieren para sus productores y para los sectores sociales que las incorporan, y evita que los investigadores y lectores queden presos de un punto de vista particular. Existe, nos recuerda Grimson, una lógica situacional donde se juegan conflictos e intereses que hay que recuperar.

De esta forma, la respuesta a la relación entre sujeto y estructura es casuística. Y esto plantea, para él, un desafío futuro: saber hasta dónde llevar la elaboración teórica. La pretensión generalizadora que muchas veces asumen las ciencias sociales debe ser puesta en cuestión. Por otro lado, hay que abandonar las preguntas teleológicas, es decir, aquellas narrativas que consideran que el horizonte de la comprensión se despeja en el mismo acto teórico, sin atender a las relaciones contingentes de cada coyuntura histórica entre los intelectuales y los objetos y sujetos que analizan.

Hay, entonces, una intención de comprender contextualmente el poder clasificatorio de la hegemonía para postular la diversidad de modos no sedimentados por el lenguaje y el poder que actúan en sus límites.

La diversidad cultural aparece como valor supremo del multiculturalismo en el que la preservación cultural es el núcleo de un pensamiento que fija fronteras delimitadas de mundos homogéneos que evitan el “choque de civilizaciones”.

Frente a esa concepción la interculturalidad es definida como un proceso histórico, centrado en la comunicación. Plantea una intersección de configuraciones culturales entre el contacto y la comprensión que se distancia de fijar sentidos para establecer incertidumbres aparentemente inconmensurables. La diversidad no estaría distribuida en el espacio, sino puesta en juego en cada espacio, en disputa. La interculturalidad es así un escenario de conflicto, aunque también de aprendizajes e incorporación de saberes, donde aparece la necesidad del diálogo.

Las implicancias éticas y políticas de la construcción de conocimiento tampoco escapan a la atención del autor, quien se interroga acerca de las concepciones políticas como obstáculo epistemológico. La investigación que pretende ser transformadora muchas veces reproduce categorías y prácticas sociales, bajo formas diversas: la idealización de los sujetos subalternos, la aproximación a la realidad de acuerdo a los propios deseos del cientista, el estudio de actores que son de su agrado y con los cuales se identifica, la intención de “darle voz a los que no tienen voz”, son algunas.

Frente a eso Grimson propone analizar los matices y las contradicciones, las tensiones de lo real, concibiendo a la investigación como constitutiva de y constituida por la ética-política. Confía en que socavar los sentidos comunes –en primer lugar los nuestros en tanto investigadores- pueda ser nuestra principal contribución a cualquier proceso de cambio social”. (Grimson, 2011: 99)

Al presentarnos “la frontera” como referente empírico y noción teórica, el autor interroga en torno a las fronteras culturales (de significados) y las fronteras identitarias (de sentimientos de pertenencia). Abordar la frontera política como una configuración cultural da lugar a la interculturalidad y permite reflexionar en relación a formas de nacionalismo. Tomar una postura en torno a los debates de si las fronteras de la cultura coinciden con las fronteras de las identificaciones, y acerca de qué tan fluidas, fijas o móviles son unas y otras, es un desafío para las investigaciones que pretendan dar cuenta de la relevancia cognitiva, afectiva y política del Estado y la nación.

América Latina es pensada con la idea de configuración cultural. ¿Cómo entender aquel lugar desde el cual producimos conocimiento? Grimson dirá que, antes que una supuesta cultura única que en realidad no existe, es una identificación político-cultural heterogénea. “Sólo una perspectiva que atienda a las experiencias históricas desigualmente compartidas, al estudio de las configuraciones y las sedimentaciones, permitirá comprender las diferencias y similitudes escapando de las retóricas esencialistas”, afirma. (Grimson, 2011: 45)

Aceptar la heterogeneidad como condición humana nos posibilitaría asumir la realidad intercultural en la que “quién, para quién, en qué contexto y por qué siempre serán preguntas necesarias” en la tarea de otorgar posibilidades a nuevos horizontes de imaginación social y política. (Grimson, 2011: 249)